

RD Congo: dudas y certezas de una guerra olvidada

Reproducimos un artículo de Josep M^a Royo, investigador de la Escola de Cultura de Pau, en el que reflexiona sobre la visibilidad mediática que ha adquirido la guerra que atraviesa la RD Congo.

Josep M^a Royo Aspa/Escola Cultura de Pau* (11/02/2009)



Estos últimos meses la guerra que atraviesa RD Congo ha adquirido un mayor protagonismo y visibilidad mediática debido a la ofensiva del ya omnipresente general Laurent Nkunda y su actual captura por parte de Rwanda. Sin embargo, este conflicto dista de los dualismos maniqueos y reduccionistas, reflejados por [Mario Vargas Llosa](#) en *El País Semanal* el pasado 11 de enero, que se nos presentan aderezados de desastre humanitario provocado por violencias tribales o inmisericordes multinacionales expoliadoras.

El complejo conflicto que sufre la RD Congo acumula una serie de agravios históricos entre las poblaciones autóctonas y las poblaciones vecinas de Rwanda y Burundi, hutus y tutsis, llegadas a la región oriental del país con la potencia colonial, Bélgica, como mano de obra barata.

Estas poblaciones desplazadas a partir de los años cincuenta, además de las que huyeron de las oleadas de violencia etnopolítica que azotaron a Burundi y a Rwanda desde entonces, recibieron por parte del entonces mariscal Mobutu un trato marginalizador.

RD Congo, el "patio particular de Mobutu"

Éste convirtió el país en su patio particular, caracterizado por la impunidad ante las graves violaciones de los derechos humanos que se cometieron, la expoliación de los recursos naturales, algunas rebeliones y brotes de violencia sofocados con gran dureza (Katanga, la antigua Shaba), corrupción, clientelismo y tutela occidental, principalmente francesa, aunque también de EEUU.

Y así desde 1965 hasta los años noventa. Momento en el que, a pesar de los intentos del mariscal de dar una imagen de democracia a su país, surgió una rebelión liderada por Laurent Desiré Kabila que se apoyó en Rwanda y Uganda y las comunidades tutsis marginadas del este, entre las que despuntó como lugarteniente Laurent Nkunda, y que entre 1996 y 1997 derrotaron a Mobutu.

Este apoyo rwandés y ugandés a Kabila se debe, entre otros factores, a las prebendas en concepto de recursos naturales, pero principalmente al hecho de que diversas insurgencias rwandesas y ugandesas, principalmente los antiguos genocidas de Rwanda de 1994, encontraron refugio en los brazos de Mobutu, justamente en la zona oriental de RD Congo, desde donde fueron lanzando esporádicos ataques a Rwanda. Así, ambos países deseaban penetrar en el este de RD Congo para eliminar a sus respectivas rebeliones.

Guerra con Rwanda

La Rwanda del presidente Paul Kagame, que consiguió derrotar a sangre y fuego al régimen genocida, no se frenó en las fronteras congoleesas, y quiso continuar influyendo en RD Congo para acabar con los responsables del genocidio, las ex Fuerzas Armadas rwandesas (ex FAR) y las milicias Interahamwe, huidas de Rwanda con la ayuda francesa (Operación Turquesa) junto a centenares de miles de personas hacia la vecina RD Congo.

Tras el fin de la guerra congoleesa entre 1996 y 1997, Kabila cortó los vínculos con Rwanda y Uganda, países que decidieron organizar en el verano de 1998 una nueva insurgencia teledirigida desde Kampala y Kigali, junto con sus propias tropas, además de las de Burundi. Otros países de la región, Zimbabwe, Angola y Namibia, y en menor medida Chad y Sudán, respaldaron a Kabila para contrarrestar a estos países y a los grupos armados y participar en una expoliación llamada primera guerra mundial africana, en la que murieron unos cinco millones de personas, a razón de unas mil personas al día según [Naciones Unidas](#).

Se han producido centenares de miles de violaciones de mujeres en el país por parte de todos los actores implicados en el conflicto

La violencia sexual como arma de guerra

Además, se han producido centenares de miles de violaciones y abusos sexuales de mujeres en el país por parte de todos los actores implicados en el conflicto, convirtiendo la utilización de la violencia sexual como arma de guerra. Pero esta cuestión no sólo sucede en RD Congo, tal y como parece descubrir Vargas Llosa, sino que es común a otros muchos contextos en conflicto o que recientemente lo han padecido, como Afganistán, Burundi, Chad, Chechenia, Colombia, Côte d'Ivoire, Liberia, Myanmar, Perú, Rwanda, Sierra Leona, Sudán, Uganda o los civilizados Balcanes, sin ir más lejos.

Naciones Unidas reveló en abril de 2001, en el apogeo de la guerra, qué países y empresas, por activa y por pasiva, habían permitido, colaborado o incluso se habían beneficiado de la expoliación de los recursos naturales de RD Congo (diamantes, oro, maderas, uranio, y el famoso coltán) sin que nadie asumiera responsabilidades.

En paralelo, la comunidad internacional alentó un proceso de paz nacional y regional que culminó con la retirada formal de las tropas extranjeras entre 2002 y 2003, la formación de un Gobierno de transición en el que participaron la mayoría de grupos armados y que culminó con la celebración en 2006 de unas elecciones en las que se legitimaron las redes clientelares de Joseph Kabila, continuador de la obra que inició su padre en 1996. En cuanto a la misión de Naciones Unidas presente en el país, la MONUC, los 17.000 cascos azules que la componen son insuficientes para llevar a cabo su mandato de proteger a la población civil amenazada por la violencia. Además, su papel se ha visto oscurecido por episodios de abusos sexuales y de tráfico de armas por parte de algunos de sus miembros.

Inseguridad y violencia

La población civil ha vivido ajena a la negociación política y al reparto de poder, ya que la inseguridad y la violencia han persistido en el este del país, la crisis humanitaria es endémica en la zona y más de un millón de personas siguen desplazadas por la violencia, además de la proliferación de milicias y actores armados, de la continuación de la situación de expoliación y los agravios irresueltos que padecen las comunidades de las provincias orientales de Ituri, Kivu Norte y Kivu Sur.

Y también las poblaciones tutsis congoleesas, que ven cómo sus cabañas ganaderas siguen siendo diezmadas para financiar el tráfico de armas, y cómo los antiguos genocidas hutus siguen disfrutando del apoyo gubernamental, lo que alimenta la política intervencionista rwandesa y a sus aliados locales en el país. Cabe destacar cómo en medio de esta situación, la población ha buscado y creado mecanismos de adaptación, cómo parte de sus líderes (incluso los amigos de armas de Nkunda, en el antiguo RCD-Goma) se han acomodado en las instituciones a nivel estatal y provincial, y cómo se han reconstruido (si en algún momento se interrumpieron) los mecanismos de extorsión y explotación esclavista en la zona, ya que la gestión de los recursos sigue siendo tan transparente como en tiempos de Mobutu.

El incumplimiento de los acuerdos para salvar el proceso de paz ha contribuido a recrudecer el conflicto

Los esfuerzos económicos para levantar unas nuevas Fuerzas Armadas y proceder al desarme de las milicias han sido infructuosos, por lo que los diferentes acuerdos para salvar el proceso (Conferencia Internacional para los Grandes Lagos, acuerdo de Nairobi entre RD Congo y Rwanda, acuerdos de Goma entre las diferentes milicias del este del país) se han mostrado insuficientes, y a la postre, su incumplimiento ha contribuido a recrudecer el conflicto.

Violaciones al alto al fuego de 2008

De ahí que las violaciones del alto al fuego firmado en Goma a principios de 2008 hayan pasado de ser la excepción durante el año a ser la regla. A finales de agosto, Laurent Nkunda vuelve a abanderar la protección de su comunidad y lanza un ataque a gran escala desde el norte de la provincia de Kivu Norte, provocando la actual situación. La mayor o menor presencia de Rwanda, aún cuando importante, no puede ocultar la irresponsabilidad y la connivencia del Gobierno congolés con la situación y el papel que desarrolla la comunidad internacional: agravios acumulados sin respuesta política, injusticia social, impunidad, corrupción, la cuestión de las Fuerzas Democráticas de Liberación de Rwanda (causantes del genocidio de 1994, a las que ahora Rwanda puede perseguir en territorio congolés con el permiso del Gobierno de RD Congo, a cambio de la entrega del cabecilla rebelde tutsi Nkunda), la injerencia de este país en los asuntos congoleeses, una reforma real de los cuerpos de seguridad, la expoliación de recursos (que posteriormente en Occidente consumimos) y el papel que juega la geopolítica de EEUU y China en su competencia por los recursos del continente y sus áreas de influencia, son algunas de las claves que siguen sin respuesta. Pero al contrario de lo que afirma Vargas Llosa en su artículo, los males del Congo, que en realidad lo son de toda la humanidad, sí tienen remedio.

(*) Josep M^a Royo Aspa es investigador de la [Escuela de Cultura de Pau de la UAB](#)